

## II

## La cuestión de la cultura popular

## I

Muchos son los que hablan de la cultura popular y se muestran ardientes partidarios de ella; pero sería una ilusión creer que á todos les mueven iguales razones. Como las demás cosas del mundo, ésta tiene, entre sus defensores y propagandistas, hombres vanidosos, que sólo buscan una manera más de ostentar su persona y recoger aplausos; hombres de segunda intención, que tratan de crearse un público afecto, cuya utilización piensan hacer algún día para otros fines; hombres que siguen la corriente porque es nueva, porque parece de *moda*, ó porque no digan que se sus-traen de colaborar en una obra benefícosa. Todos estos elementos son útiles: y puesto que es imposible que deje de haberlos, y muchas veces no se los conoce á las primeras de cambio, sería indiscreto prescindir de su concurso ó disminuirlo con

recelos y suspicacias. Con que trabajen, con que ayuden á la labor común y ostensiblemente no la desnaturalicen, basta. Hay que saber sacar el bien hasta del mal mismo.

Pero no hay que contar con esos elementos sino hasta cierto punto. Son de los que se satisfacen con poco, con apariencias, con el «hacer que hacemos». La obra misma en que están empeñados no suele preocuparles más que en el momento en que prestan su concurso, y generalmente, sin pensar en el efecto real que éste produce. Pero el problema de la educación popular es más hondo que todo eso. Nada importa que se cuenten por cientos las conferencias, cursillos y visitas á museos, fábricas, monumentos, etc. Nada tampoco que los oyentes sean muchos. Lo que importa es que la labor sea fecunda, que el público la aproveche, que la semilla esté bien sembrada y el terreno preparado para que se desarrolle. Estas exigencias capitales sólo pueden preocupar á los que van á las Universidades populares y á la Extensión universitaria, objetiva y desinteresadamente, penetrados del deber que cumplen y amándolo vivamente, ganosos de que se traduzca en resultados útiles para los discípulos y de que éstos sean cada día más en número, pero en número de individuos conscientes, no de los que hacen bulto y, cuando más, aumentan el ruido de los aplausos.

Por ello, los que así piensan y se conducen es-

tán continuamente haciendo balances é investigaciones acerca del *aprovechamiento* real de su obra, comprobando los defectos de ella y sus aciertos y estudiando cuidadosamente dónde se halla el origen de unos y de otros: si en el público ó en los profesores. Por ello, los que con semejante espíritu se han puesto al servicio de la cultura popular, se preocupan, en Francia, en Austria, en Inglaterra, del alejamiento de los obreros y han procurado combatirlo, averiguando antes el por qué (1). Por eso han llegado á más: han planteado el problema de los límites de la obra emprendida, es decir, de si ésta se halla fatalmente circunscrita á una minoría, de la que no logrará trascender, ó si es posible—suprema y última aspiración de las instituciones postescolares—llegar á la masa (2): problema lleno de inquietudes y de temores para los que ponen toda esperanza social en esa campaña de cultura.

En todo ello necesitamos pensar los españoles colaboradores ó amigos de semejante labor. Tras algunos tanteos fracasados, la obra de la *Extensión universitaria* (como la llaman por su origen los ingleses y la hemos llamado aquí en un principio), ó si se quiere, la obra de la *Extensión uni-*

(1) Véase los datos en el capítulo «La crisis de la Extensión universitaria» de este mismo libro.

(2) Véase el artículo de Delfon de Vissee «*La crise des Universités populaires*», en *Revue politique et littéraire (Revue bleue)* de 30 de Enero de 1904.

*versitaria* y de las *Universidades populares* que no dependen de ninguna Universidad del Estado ni de un grupo ó núcleo de profesores oficiales, está arraigada en dos localidades españolas: Madrid y Zaragoza, y en dos regiones: Asturias y Cataluña con Baleares (1). La Extensión universitaria zaragozana parece ejercer su acción principal sobre la clase media. Las de Madrid y Cataluña son fundamentalmente obreras. La de Asturias tiene un doble público: para una parte de su obra (conferencias y cursillos en el aula grande de la Universidad, conferencias en el Instituto de Gijón y en Avilés), una masa heterogénea de oyentes, en que se ven juntos, mezclados, fraternalmente unidos por el afán de la cultura, obreros (hombres, mujeres y niños), estudiantes, militares, médicos, abogados, ingenieros, sacerdotes y muchas señoras y señoritas; para la otra parte (clases populares en la Universidad, conferencias y cursillos en el Centro de Sociedades obreras, en los círculos obreros ó políticos de Mieres, Trubia, Gijón, Salinas, Sama y La Felguera), público de trabajadores manuales. Las estadísticas de asistencia permiten pensar que la obra tiene vida propia en todos los sitios citados. Seguros de vivir, necesitamos, pues,

(1) Así era cuando se escribió este artículo. Hoy habría que segregarse algunas de estas localidades y añadir la de Coruña, cuya Universidad popular es, con la de Madrid, lo más conforme al espíritu de esas instituciones que tenemos ahora en España.

pensar en los otros problemas de cuya resolución depende que nuestra vida sirva para algo.

Las estadísticas á que antes me referí, ¿son siempre todo lo satisfactorias que apeteceríamos con relación á los obreros? Confesemos que no. La benemérita Universidad popular de Madrid (que acaba de decirnos en una Memoria sumamente interesante cómo se fundó y qué resultados ha obtenido en su primer curso), por más que justamente se vea alentada por lo mucho conseguido, reconoce que aun es poco en cuanto á la asistencia obrera, y pone en relieve las dificultades con que muchas veces ha tropezado para atraer á su público. Y es que los hombres de la Universidad popular madrileña comparan su término medio de 100 alumnos, su máximo de 250, con el número considerable de obreros que hay en Madrid y que todavía permanecen alejados de la Universidad. Lo mismo decimos en Oviedo. El párrafo de la citada Memoria que se titula *El público y los profesores*, podría incluirse en nuestras Memorias, sin variar más que algunas palabras. Los procedimientos que en Madrid se siguen son los que aquí hemos seguido desde que, en 1898, fundamos la Extensión universitaria, y continuamente venimos acentuándolos; las dificultades halladas en Madrid son las que aquí hemos encontrado algunas veces, salvo que, desde un principio, contamos en Oviedo con un regular núcleo de obreros que se ha mantenido constante

en las fluctuaciones de la masa. En algún sitio (verbigracia Avilés) las conferencias especialmente dedicadas al Centro obrero socialista no han continuado. En La Felguera no son constantes. En Gijón, los Centros á que fuimos (independientemente de las lecciones generales en el Instituto), parecen haber perdido el interés que antes demostraban, si bien ha venido á sustituirles el Ateneo-Casino obrero, cuyo público es numeroso. Oviedo, Mieres, Sama, Trubia, siguen devotos, con un número de oyentes que varía según los casos, pero que en los más desfavorables no baja de ciento. Las Clases populares (1) han llegado á tener una matrícula máxima de 35 alumnos en cada materia, de los cuales una tercera parte próximamente se suele cansar después de algunas semanas; si bien, en cambio, el término medio de unos 20 ha mantenido su asistencia constante desde que se fundó ese ensayo de verdadera Universidad popular en 1901.

¿Podemos darnos por satisfechos con esos resultados? De ningún modo. Ciertamente que la mayoría de nuestro público es obrero en todas partes; que mantener una serie de cursos de dos lecciones semanales por materia significa que hay un núcleo de trabajadores manuales ver-

---

(1) El carácter y el programa de esas clases populares han sido expuestos de un modo especial en un breve prospecto publicado á comienzos del presente curso.

daderamente interesados en su cultura y que los profesores han acertado con el tono de sus lecciones; pero comparadas las cifras mayores de nuestras estadísticas, ¿qué son, relativamente al número de obreros que hay en las diferentes localidades asturianas? Y cuenta que no hemos perdonado medio de publicidad. Las Memorias anuales de la Extensión las repartimos profusamente, así como los programas; los extractos ó compendios de las conferencias y cursos se regalan con gran prodigalidad; del prospecto de las Clases populares á que antes he aludido, hemos hecho una tirada de 1.000 ejemplares distribuida por los talleres y fábricas de Oviedo; la prensa secunda nuestra publicidad, y el semanario socialista, así como la Junta Directiva del Centro de Sociedades obreras, no perdonan ocasión de recomendar á sus lectores y consocios el aprovechamiento de las conferencias, lecturas, cursos y excursiones que la Extensión universitaria ofrece.

¿Á qué se debe que no continúe en progresión geométrica el aumento de nuestro público obrero? Repito que, para la vida de nuestra obra de cultura, hay elementos suficientes; que para la satisfacción del amor propio de los iniciadores—si en estas cosas cupiese amor propio, sentimiento de baja condición—basta con lo conseguido; que, más aún, el obrero español responde al llamamiento de los *intelectuales* más ampliamente y con

menos recelos que el francés (1). Pero nosotros no nos contentamos con eso, como no se contenta la Universidad popular de Madrid, y tratamos de averiguar las causas del estacionamiento para conocerlas y combatirlas.

Las causas son seguramente varias. Entre ellas hay una que pasmará á muchos, pero que es completamente cierta, comprobada aquí en Oviedo mismo: la ineficacia de la publicidad. Existe un número considerable de gentes que no lee los periódicos, ni los prospectos, ni los programas, y al que no llegan, por tanto, los llamamientos. Quince ó veinte días después de repartir nosotros por fábricas y talleres los 1.000 prospectos de las Clases populares, vinieron á mi casa para consultarme una duda científica dos obreros de Oviedo. Hablamos, como es consiguiente, de enseñanza; aludí á las Clases populares, y con gran asombro mío noté que mis visitantes no tenían la menor noticia de ellas. Si esto ocurre en una ciudad como Oviedo, donde casi se vive en familia, ¿qué no sucederá en capitales de mayor población? En la misma clase media, hasta en los alumnos universitarios, hemos advertido que los anuncios que publican los periódicos, y aun los que se fijan en el tablón ó cuadro de la Universidad, no son

(1) Sobre este curioso fenómeno social y su explicación, véase lo dicho en el artículo «La extensión universitaria en España», publicado en mi libro *España en América*, páginas 25-34, y el capítulo V de la presente obra.

leídos las más de las veces. Por lo que toca á los obreros, aunque los lean, no bastan, dicen poco: hay que explicarles minuciosa, claramente, lo que significan, lo que les ofrecen.

Esta experiencia trae consigo la siguiente conclusión: que nunca se debe creer terminado el período de la propaganda; que ésta hay que hacerla continuamente, infatigablemente, y que, aparte los impresos, es necesario ir adonde se reúne la clase obrera y anunciar de palabra lo que se dirige á su cultura. He aquí un primer paso, inexcusable, para atraer á los que tienen el ánimo dispuesto á cooperar en nuestra obra.

## II

Pero no todos los que *se enteran* están propicios al aprovechamiento de la Extensión universitaria y de las Universidades populares. En unos, obra esa atonía colectiva, esa *abulia* ó falta de voluntad que en gran manera caracteriza nuestro estado presente. Ven que aquello es útil, sienten amor *intelectual* hacia ello, pero les falta arranque para decidirse, retrasan el momento de su ida y en ese mismo retraso hallan, más tarde, un argumento para excusar su asistencia. Hay en éstos

todavía algo del prejuicio escolar, de la vergüenza de los que, por faltar unos días á clase, ó no llegar á la hora en que comienza, dejan de asistir por completo, creyendo cubrir así mejor la falta. Ejemplos de ello los hemos visto aquí.

Hay otros que pertenecen á ese tipo de público «que piensa—como dice el señor Gascón—que ya sabe todo lo que necesita, juzga de las cosas con aire de suficiencia y superioridad, tiene por infantiles, y no presta atención, á las explicaciones sencillas referentes á materias que le suenan á conocidas, califica de pesadas é insoportables las que le cogen de nuevas y, en fin de cuentas, no aprovecha ninguna». Ostensiblemente, no hemos tropezado en Asturias con representantes de ese tipo; pero sin duda los hay, aunque sean pocos. Esos, realmente, más perjudican que ayudan á nuestra obra, y es de desear—si no sabemos reducirlos—que se alejen de ella.

Pero la mayoría, la masa, es sencillamente indiferente para estas cosas. No hay más que ver lo que ha ocurrido con las clases nocturnas para obreros, creadas en los Institutos de segunda enseñanza por un decreto del conde de Romanones. Ese decreto subsiste, no se ha derogado; pero las clases ya no se dan, salvo escasísimas excepciones. ¿Por qué? En gran parte, porque los obreros no acuden á ellas. Ciertamente esas clases fueron mal recibidas por muchos profesores de Instituto, que el primer año las dieron á contra-

pelo, y en algunas localidades ni á contrapelo siquiera, porque no se llegaron á inaugurar; cierto que, después, ni aun convocatorias para ellas se han hecho en la mayoría de los Institutos, dejando que la cosa muriese por sí misma, víctima de la apatía de todos; pero no cabe duda que si la masa obrera sintiese la fuerza de esa necesidad intelectual, como siente la de otras, hubiese protestado y hubiese hecho cumplir con su deber á directores y catedráticos donde no lo cumplían. Ha habido, pues, falta de interés suficiente por una y otra parte; pero á los que amamos sinceramente al obrero, nos preocupa sobre todo la falta de éste, no remediable por la coacción, como lo sería la de los funcionarios de la enseñanza oficial.

Con referencia á la Extensión universitaria que sostiene el Ateneo de Madrid, recuerdo el efecto desconsolador que me produjo leer—á poco de haberse iniciado y después de los grandes *lleos* de las primeras conferencias—el siguiente suelto de un diario:

«Á pesar de ser día festivo, *ningún obrero* se vió ayer en las dos conferencias de Extensión universitaria.»

Por último, están ahí, para demostrar esa indiferencia de la masa, las experiencias—con ser relativamente tan satisfactorias—de la Universidad popular de Madrid y de la Extensión asturiana.

Ante estos hechos, ¿hay que desesperar? ¿Acu-

san en la clase obrera un sentimiento de especial repulsión á la cultura, que haga imposible toda acción en este sentido? Ni lo uno ni lo otro. La atonía, la indiferencia que en los más se advierte, no es un fenómeno exclusivo de los obreros, sino general en España y del que participan todas las clases sociales, como lo han venido á corroborar los recientes motines universitarios. Pero si alguna diferencia puede señalarse, es precisamente en favor de los obreros: 1.º Porque su misma incultura y lo inadecuado del medio en que viven para sugerir solicitudes de carácter intelectual, hacen más dispensable, más natural, su falta. La responsabilidad en este punto crece á medida que es mayor la cultura general de la clase á que se pertenece. 2.º Porque, comparativamente, hay ahora más afán de cultura en los obreros que en la clase media, como lo prueba el hecho de que la minoría de aquéllos que frecuenta las enseñanzas de las Escuelas de Artes y Oficios, de la Extensión universitaria, etc., no pide vacaciones, y á menudo repite *voluntariamente* los cursos, amén del esfuerzo que representa ir á las clases después de la jornada de trabajo manual, retrasando la hora del descanso y de la cena.

Se trata, pues, de un fenómeno perfectamente explicable y que nada prueba que no se pueda reducir á proporciones mucho menores de las que hoy tiene. Todo es cuestión de propaganda y de predicar con el ejemplo. Los profesores y amantes

de la cultura popular deben ir, sin desalentarse por los fracasos, á buscar su público, á solicitar *personalmente* alumnos, en vez de esperar á que ellos vengan espontáneamente; y los obreros ya ganados á la causa de la cultura, deben constituir núcleos de irradiación en la masa de sus compañeros, para ejercer el proselitismo con fe y constancia, que seguramente darán buenos resultados. Todo encarecimiento de la necesidad de esta campaña me parecerá siempre poco. Hay que tomarla con empeño, con amor, y seguirla con persistencia inquebrantable. Todos podemos estar ciertos de que será éste uno de los servicios más grandes que cabe prestar á la clase obrera y á la obra del perfeccionamiento social.

Para no desalentarse en esta empresa, hay que considerar, al lado de los hechos ya mencionados, otros indispensables para formar juicio completo de la cuestión. Es preciso, por de pronto, que los profesores se pregunten si muchas veces no tendrán ellos la culpa del alejamiento de los discípulos. En las Universidades populares de Francia —en las de París, sobre todo— así ha ocurrido (1). Aparte la necesidad de escoger cuidadosamente los asuntos, rechazando todos los que no pueden interesar á los obreros, y de preocuparse mu-

(1) Veánse los datos en el citado artículo, «La crisis de la Extensión universitaria», donde también se exponen los remedios.

cho del método de enseñanza, del que deben desterrarse absolutamente la retórica, la abstracción y el afán erudito, hay que pensar también en la medida de la atención, es decir, en la fatiga cerebral. Yo he visto siempre con inquietud los programas de Extensión en que figuran para un mismo día y para un mismo público, dos conferencias ó lecciones seguidas, y á veces más. Considero esto excesivo, y para ello me fundo en la experiencia de muchos años. Una velada en que alternen, por ejemplo, el aparato de proyecciones, la música y la lectura, puede prolongarse dos horas ó algo más (1); pero de ningún modo debe exceder de una hora el esfuerzo mental que supone seguir el desarrollo de una cuestión científica. Acumular *números* en un programa de este género, me parecerá siempre abrir puertas al cansancio, que más tarde producirá el aburrimiento. Una excursión se puede prolongar más, aunque vaya acompañada de explicaciones más ó menos prolijas, porque el *ver cosas* distrae y refresca continuamente la atención, impidiendo ó retrasando la fatiga cerebral. Pero siempre habrá que ir con mucho tiento. El sistema que suele seguirse en algunas escuelas primarias bien montadas, de dar clases de media hora con intervalos de recreo, me

(1) Así se hace en las sesiones de la Universidad popular de Madrid, alternando explicaciones breves, de 30 ó 45 minutos, con audiciones musicales ó proyecciones luminosas.

de la cultura popular deben ir, sin desalentarse por los fracasos, á buscar su público, á solicitar *personalmente* alumnos, en vez de esperar á que ellos vengan espontáneamente; y los obreros ya ganados á la causa de la cultura, deben constituir núcleos de irradiación en la masa de sus compañeros, para ejercer el proselitismo con fe y constancia, que seguramente darán buenos resultados. Todo encarecimiento de la necesidad de esta campaña me parecerá siempre poco. Hay que tomarla con empeño, con amor, y seguirla con persistencia inquebrantable. Todos podemos estar ciertos de que será éste uno de los servicios más grandes que cabe prestar á la clase obrera y á la obra del perfeccionamiento social.

Para no desalentarse en esta empresa, hay que considerar, al lado de los hechos ya mencionados, otros indispensables para formar juicio completo de la cuestión. Es preciso, por de pronto, que los profesores se pregunten si muchas veces no tendrán ellos la culpa del alejamiento de los discípulos. En las Universidades populares de Francia —en las de París, sobre todo— así ha ocurrido (1). Aparte la necesidad de escoger cuidadosamente los asuntos, rechazando todos los que no pueden interesar á los obreros, y de preocuparse mu-

(1) Veáanse los datos en el citado artículo, «La crisis de la Extensión universitaria», donde también se exponen los remedios.

cho del método de enseñanza, del que deben desterrarse absolutamente la retórica, la abstracción y el afán erudito, hay que pensar también en la medida de la atención, es decir, en la fatiga cerebral. Yo he visto siempre con inquietud los programas de Extensión en que figuran para un mismo día y para un mismo público, dos conferencias ó lecciones seguidas, y á veces más. Considero esto excesivo, y para ello me fundo en la experiencia de muchos años. Una velada en que alternen, por ejemplo, el aparato de proyecciones, la música y la lectura, puede prolongarse dos horas ó algo más (1); pero de ningún modo debe exceder de una hora el esfuerzo mental que supone seguir el desarrollo de una cuestión científica. Acumular *números* en un programa de este género, me parecerá siempre abrir puertas al cansancio, que más tarde producirá el aburrimiento. Una excursión se puede prolongar más, aunque vaya acompañada de explicaciones más ó menos prolijas, porque el *ver cosas* distrae y refresca continuamente la atención, impidiendo ó retrasando la fatiga cerebral. Pero siempre habrá que ir con mucho tiento. El sistema que suele seguirse en algunas escuelas primarias bien montadas, de dar clases de media hora con intervalos de recreo, me

(1) Así se hace en las sesiones de la Universidad popular de Madrid, alternando explicaciones breves, de 30 ó 45 minutos, con audiciones musicales ó proyecciones luminosas.

parece que produciría buenos resultados tratándose de principiantes, ó de sesiones en que con venga (por falta de tiempo en otros días, ó por aprovechar la concurrencia de oyentes) acumular enseñanzas. Y no hay para qué decir que, si se trata de *conversaciones*, en que el profesor utilice el llamado método socrático y la espontaneidad preguntona de los alumnos, también cabe prolongar el tiempo de trabajo. El director de éste apreciará entonces, con la discreción que la experiencia de tales cosas sugiere, el momento oportuno de suspender la tarea.

Pero además de todas estas garantías y precauciones, hay que trabajar también en *preparar público* para la Extensión y para las Universidades populares. Esa preparación no puede hacerse más que en las escuelas primarias de obreros, á que acuden los niños y los adultos que no saben leer ni escribir. Repetidamente se ha observado que es expuesto juntar esas dos clases de alumnos: los adultos se avergüenzan, por lo general, de recibir la enseñanza con los niños, y concluyen por marcharse de la escuela. Conviene, pues, tenerlos en locales separados ó en horas distintas. Pero lo que sobre todo conviene es que esas escuelas las organicen por sí mismos los obreros, como lo hacen, efectivamente, algunos Círculos y Sociedades. Aunque, hoy por hoy, la función de la enseñanza deba seguir confiada al Estado—no por otra cosa sino porque la colectividad social

no siente con bastante fuerza el acicate de esa necesidad para satisfacerla por sí misma á la moderna—, es preciso ir emancipando todo lo posible sus formas más populares, como esta que nos ocupa, si queremos organizarla á nuestro gusto, no al de los ministros de Instrucción pública. Si el auxilio del Estado hace falta, pídase en forma de subvenciones, pero quedando en libertad para constituir la escuela como nos convenga. Yo preferiría siempre no depender para nada de los Poderes públicos, ni centrales ni locales: mi ideal sería ver á la masa obrera y á sus amigos tan interesados en esto, dedicarle las energías espirituales y los recursos económicos con igual entusiasmo que los dedican al mismo fin las congregaciones religiosas y los partidarios de ellas. De un Estado como el nuestro, nunca podemos estar seguros en punto á neutralidad; mientras que si la opinión liberal se moviese en favor de la creación de una enseñanza libre—como se ha movido en Bélgica—nada podrían importarnos las fluctuaciones de los Gobiernos y de los Ayuntamientos (1). En esas es-

(1) Así pensaba yo cuando escribí este artículo. La experiencia ha hecho variar algo mi opinión, diciéndome cuál es el camino seguro y rápido para satisfacer las necesidades de cultura de nuestro pueblo. Hoy creo firmemente que *sólo el Estado* puede atender á ellas y salvar, con poderoso empuje, el abismo que separa la realidad de nuestra enseñanza, del ideal inmediato cuyo cumplimiento nos apremia. Al Estado, pues, hay que exigirle ese empuje, así como la más estricta

cuelas nocturnas por cuya creación abogo, se iría formando el público futuro de las instituciones de cultura popular y quizá se resolvería ese problema de la difusión en la mayoría obrera que, como he dicho, preocupa hondamente á los demócratas de Francia.

---

neutralidad á que constitucionalmente viene obligado y que, en fin de cuentas, él es, de todos nuestros organismos nacionales, *el único* que puede garantizar seguramente y mantener sin fluctuaciones, con una norma fija, constante, humana, en lo pedagógico y en lo político. Lo cual no quita para que allí donde la iniciativa privada se crea con fuerzas para acometer lo que en el texto digo, lo realice; pero en general, nuestros *liberales* ó carecen de medios económicos para esas empresas, ó lo que es peor, no las sienten ni las comprenden, cuando no las subordinan á pequeñeces de propaganda electoral ó á mezquindades de compadrazgo, casos frecuentes.

## III

### Lecturas y bibliotecas para obreros

---

En 1903, y para satisfacer las peticiones de muchos obreros alumnos de la Extensión universitaria ovetense y montañesa, escribí dos artículos en que hube de condensar aquellas indicaciones bibliográficas y prácticas que estimé útiles para guiar en las lecturas populares. Á esos dos artículos se unió poco después un tercero, que los completaba, y con ellos se compuso un folleto titulado casi como el presente capítulo y que editó *La Revista Socialista* en 1904 (1).

No pensó entonces el autor—y así lo dijo—presentar una bibliografía completa y detallada, ni menos haber agotado el asunto. Por el contrario, éste, inagotable y felizmente nutrido por nuevas aportaciones de nuestra librería en los años siguientes al de 1903, requirió sucesivas adiciones al folleto referido, que fueron haciéndose, con cier-

---

(1) *Lecturas para obreros*. 21 páginas.